
SERMON
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA COLEGIATA EN LA FIESTA DE LOS DOCTORES

POR EL

Señor Doctor Don Jose María Díez de Sollano

EL 13 DE DICIEMBRE DE 1847.

Et radicavi in populo honorificato.

Y me arraigué en un pueblo honrado.

Ecc., XXIV, 16.

¡Oh religion santa! solo tú has sabido estimar al hombre en lo que vale, solo tú has comprendido su dignidad, solo tú lo has colocado y restituido á su honorífico asiento! A tí te es deudora de su verdadera libertad. Tú, con mano diestra y poderosa la sacaste del yugo hominoso de la servidumbre; tú dulcificaste su condicion, aun cuando á tu pesar estaba en ella; tú esclareciste su entendimiento y le mostraste su noble origen; tú..... pero no son estos tus mayores beneficios. Tú lo elevaste á una esfera muy más excelsa; lo constituiste en el orden de la gracia; lo adornaste de las prendas sobrenaturales y lo pusiste muy cerca de los ángeles. Y á nosotros los mexicanos en particular, ¡ah! nos colocaste bajo la especial tutela de esa Madre tiernísima, y con ella nos vinieron todos los bie-

nes, y al salir de las tinieblas del paganismo nos hallamos ya honrados con preferencia á todos los pueblos de la tierra, porque plugo á Maria radicarse entre nosotros y distinguirnos sobre todos: *Et radicavi in populo honorificato*.

Explanar esta admirable dignacion tuya, ¡oh Reina soberana! será el objeto de mi discurso. Dame para ello tu gracia.—AVE MARIA.

—

Et radicavi, etc.

Para atender cabalmente la razon porque la Iglesia aplica á Maria el texto citado, conviene traer á la memoria una importante doctrina de Santo Tomás; esta es la diferencia que, segun el angélico Doctor, existe entre el amor de Dios y el de los hombres, que el de Dios no supone sino que hace bueno al objeto amado, mientras el de los hombres supone ya en él la bondad que estima; por manera que la medida del amor divino es el grado de comunicacion que de sí misma hace la bondad esencial, porque siendo difusa de sí, ha representádose admirablemente en el conjunto armonioso que constituye el universo de las criaturas, que cual un multiplicado espejo la refleja por todas partes, desde el majestuoso astro que brilla en el firmamento, hasta el vil insecto que se arrastra y confunde con el polvo. Un dia, dice el salmista, deja al que le sigue el cargo de anunciar esta bondad del Altísimo, y una noche á otra noche sucede en el de pregonar su gloria, sin que haya voz ni locucion alguna, por muda que parezca, que pueda eximirse de entonar el himno de sus alabanzas, porque el amor divino derramó sus bondades entre todos los seres.

Ahora bien; cuanto más se acerca una criatura al Criador, tanto más participa de su bondad, y tanto más la comunica á los otros. Nada tiene, pues, de extraño que Maria, la criatura más privilegiada y más excelsa, sea igualmente la más bondadosa; y hé aqui por qué la Iglesia, al aplicarle las palabras que he tomado por texto, nos dice que Maria se radicó entre nosotros como en un pueblo lleno de honor: *Et radicavi in populo honorificato*; no porque en realidad nosotros ya lo tuviéramos, sino porque ella nos lo comunicó. Ni Maria Santísima de Guadalupe al fijar sobre nuestro suelo su planta, ni al dejarnos esa bellísima imágen, lo hizo porque éramos ya acreedores á esa condecoracion, sino movida de su bondad, que graciosamente quiso llenarnos de honor: *Et radicavi in populo honorificato*. Explanemos esta idea.

Bien sabeis, hermanos míos, cuán magnífica y liberal se ostentó la mano bondadosa del Señor para con aquel su antiguo pueblo predilecto, cuán grande fué la prediccion que le dispensó, y cómo al escogerlo por suyo, puso en medio de él un testimonio irrefragable de singular benevolencia y pacto inviolable celebrado por él. Yo no dudo afirmar que Maria de Guadalupe ha hecho con nosotros mayores cosas, y que al dejarnos ese testimonio de su amor, nos distinguió y honró sobre todos los pueblos de la tierra: *Et radicavi in populo honorificato*.

Recorramos, en efecto, la historia de todos los paises que más privilegió la pródiga mano del Señor, y los veremos blasonar, el uno de haber sido la heredad primera del Dios de Jacob, el otro de tener la cátedra de Pedro; cual alegrará sus innumerables mártires, cual su antigua religion; pero ninguno podrá presentar un título de honor ni un timbre de distincion igual al que Maria nos dispensó: *Et radicavi in populo honorificato*. Porque en verdad, si el pueblo hebreo recibió el primero la ley santa del Señor, la recibió de mano de Moysés, gran siervo de Dios, y nosotros la recibimos de Maria, Madre de Jesus; si él la recibió en tablas de piedra, Maria la grabó en el

fondo de nuestros corazones; si él tenía el tabernáculo y el arca del testimonio, nosotros tenemos esa bellísima imagen, signo auténtico del pacto que María celebró con nosotros, trayéndonos la ley y la gracia. Al contemplarla me parece escuchar aquellas dulces palabras que San Juan nos dice oyó en su Apocalipsis: Ved ahí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será Dios: *Ecece tabernaculum Dei cum hominibus, etc.* Páreceme que al bajar esta Reina de los cielos se presentó el majestuoso espectáculo referido allí: una ciudad nueva, la Jerusalen santa bajaba del cielo de parte de Dios, ataviada ricamente como una esposa para un esposo; y viene á fijar entre nosotros su morada y hacernos el pueblo dichoso cuyo Señor es el Dios de Jacob.

Páreceme, igualmente, oír aquella voz fuerte y omnipotente que sale del trono del Señor y anuncia solemnemente que todas las cosas van á ser renovadas: *Dixit qui sequebatur in throno; ecce nova facio omnia*; cuyo eco repetido por las bóvedas celestiales, refleja sobre nuestra tierra al momento mismo en que María de Guadalupe se presenta en esa cima del Tepeyac, y con mirada consoladora cambia todo el aspecto del país, y de un pueblo medio salvaje, feroz y supersticioso, hace nacer otro dócil, suave de costumbres é ilustrado con la divina revelación, es decir, lleno del verdadero honor: *Et radicavi in populo honorificato*.

Ni creáis que éste es un bello ideal, parto de una imaginación acalorada. ¿No es verdad, hermanos míos, que vosotros mismos habeis palpado esos efectos? Porque decidme, os lo ruego, ¿qué era nuestra amada patria antes de que María Santísima de Guadalupe honrara con su presencia nuestro suelo, sino un lóbrego asilo de las tinieblas, uno de los últimos atrincheramientos del paganismo? Mas al punto que su planta sagrada santificó este sitio, quedaron iluminadas las mentes de sus moradores, hasta entonces ciegos. Se expeditaron los caminos

hasta allí tortuosos, y se allanaron los obstáculos para que se enarbolará en estos países la Cruz de Jesucristo. *Erunt prava in directa et aspera in vias planas.*

Antes de la aparición de María todo este vasto continente estaba ocupado por la idolatría; la verdad lloraba amargamente al ver en manos del error una tan bella porción del universo; la Iglesia santa lloraba á presencia del descarrío de un rebaño tan numeroso; la religión divina del Crucificado lloraba al verse desterrada de un país que su augusto fundador le había legado en herencia; por último, este mismo suelo, como tierra feraz y fecunda, pero destituida del agua saludable de la verdad, é inundada por la salobre y fétida del error, echaba menos y gemía muda, pero patéticamente al deseado de los collados eternos. María, pues, en esta tierra desierta cual aquella que describe el salmista, desierta de la religión santa, *in terra deserta*, descarriada de la verdad, *in via*, y encenegada en los vicios, *et inagnosa*, aparece revestida de santidad, *sic in sancto aparuit*; tiende desde ese monte su vista compasiva por toda ella, y ve al momento que por su medio obra la virtud del Excelso una asombrosa mutación, la ve resplandecer toda con la gloria del Señor. *Ut videam virtutum tuam et gloriam tuam.*

Salve, pues, una y mil veces venturoso día, preordinado en los decretos del Eterno para terminar nuestros males, para iluminar nuestras tinieblas; yo te felicito con toda la emoción de mi espíritu, día tres y cuatro veces dichoso, que inscribiste con honor nuestra patria en el catálogo de las naciones católicas, é hiciste brillar con una orla de luz el nombre de México; todas las generaciones te bendecirán, porque en ti hemos sido honrados por María sobre todos los pueblos de la tierra: *Et radicavi in populo honorificato*.

Pero hasta aquí sólo empiezan los beneficios de María Santísima de Guadalupe. Y ¿quién podría enumerar todos los que hasta hoy nos ha bondadosamente dispensado? Para compilarlos en breves términos, sólo diré que en

este lugar de tiernos recuerdos ha dado ella amplia cima á cuanto pedia Salomon para aquel su magnífico templo; porque aquí, en este augusto santuario, han estado perfectamente abiertos día y noche los ojos de Maria para ver nuestras aflicciones, para remediar nuestras necesidades; sus oídos siempre atentos á nuestras deprecaciones. Todas las preces que en la efusion de su espíritu ha hecho aquí nuestro pueblo, han sido escuchadas en el augusto sòlio de su gloria, y su corazon maternal se ha enternecido y mostrado propicio: *Propitius eris*. Si afligido alguno por sus pecados comenzaba á hundirse en el bátrato de la tristeza y recurrió á tí; ¡oh Maria! en su afliccion, le tendiste una mano bondadosa. Si el cielo, convertido en instrumento vengador de la ira divina, se hubo cerrado y no dió á su tiempo las saludables lluvias, y convertido el pueblo hizo penitencia de sus pecados, tierna escuchaste sus súplicas en este lugar, y el cielo dió su lluvia y la tierra su fruto. El que atribulado levantó sus manos hácia tí en esta casa, es buen testigo de tus misericordias. Y aun el extranjero que oyendo tu nombre grande siempre y siempre magnífico, vino á tí, jamás dejaron sus oraciones de ser oídas allá en el firmamento de tu morada celestial. Si, Madre mia adorada, aprendan todos los pueblos del universo á respetar tu nombre y á temerlo, y prueben y conozcan que sobre este sitio santificado por tu presencia, ha sido invocado tu augusto nombre distinguiéndonos entre todos para llenarnos de honor y bendiciones: *Et radicavi in populo honorificato*.

Con cuánta justicia, pues, podemos exclamar con los robustos y armoniosos acentos del rey Profeta, cuando extasiado decia: "Bendijiste, Señor, á tu pueblo, lo sacaste de la servidumbre del pecado, perdonaste su iniquidad, mitigaste toda tu indignacion;" porque hé aquí cabalmente lo que Maria de Guadalupe hizo con este pueblo, desde aquel momento que apareció su gloria sobre esta tierra: *Aparuit gloria in terra nostra*. No hay corazon mexicano que pueda negarse á la dulce emocion que causa

el recuerdo de aquel día de ventura para nuestro suelo, en que la madre de Nuestro Señor y Dios se dignó venir á nosotros para radicarse en medio de este su pueblo, colmándolo de honor: *Et radicavi in populo honorificato*. Siempre que á mi mente se ofrece tan grata memoria, se desliza de mis ojos una lágrima de gratitud. Siempre que siento mis plantas sobre este suelo honrado con la sacra huella de Maria de Guadalupe, salta de alegría mi corazon. Siempre que miro esa filma de misteriosos recuerdos, de halagüeñas esperanzas, de recuerdos sublimes, el regocijo inunda mi alma, y al contemplarla en nada echo menos ni la ciudad misteriosa de San Juan ni el tabernáculo de Dios morando entre los hombres, ni el favorecido templo de Salomon. Páreceme, sí, que celebramos el aniversario de aquella solemne dedicacion que estático contemplaba diciendo: *Fundatur exultatione uniuersae terre mons Sion*. El monte santo de Sion está fundado en medio del regocijo universal de la tierra.

Venid, pues, mortales de todos los tiempos y países; venid y ved la obra grande y prodigiosa que el Señor ha puesto sobre esta tierra; venid y considerad esa imagen encantadora, y confesareis ingenuamente que no ha hecho otra tanto con otra nacion: *Non fecit taliter omni nationi*; que á ningun otro pueblo ha honrado así sobre la tierra: *Radicavi in populo honorificato*.

Y ¿qué, Madre tierna de los mexicanos, abandonarás alguna vez al país que tanto privilegiaste y honraste? ¿Permitirás que la religion que tú plantaste sea arrancada de este suelo? ¿Mirarás serena que la fe de que fuiste para honra nuestra el apóstol se oscurezca? ¿No te conmoerá la desolacion y ruina de tu pueblo? No, Madre compasiva, mil veces no, aunque nuestras culpas se hayan multiplicado sobre las arenas del mar y se haya desbordado el torrente de nuestras iniquidades, jamás se oirá que recurrimos á tí y fuimos desamparados. Mira, pues, desde tu excelsa morada celestial y contempla esta viña que plantó tu diestra; mira cómo germina la zizaña que

sembró el enemigo y amenaza sofocar todos los frutos. Mira su cerco destruido y mofados y perseguidos sus trabajadores; toda ella está sin fuerza y casi sin vida. Mira que sus enemigos rien, silvan y mueven sobre ella la cabeza. Levántate, pues, y dispense como el humo al soplo del viento y la cera al calor del fuego, y queden confundidos los que te odiaron, para que los justos se regocijen bajo tu proteccion y aprendan así todas las naciones á respetar y temer tu santo nombre, y sea buscado por ellas de generacion en generacion; y la gloria del Señor sea bendita por los siglos de los siglos.—AMEN.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA COLEGIATA EL 13 DE DICIEMBRE DE 1851

POR EL

Señor Doctor Don Jose María Diez de Sollano

EN LA FUNCION CELEBRADA POR LA UNIVERSIDAD

*Non vos me elegistis: sed ego eleji vos.
No me elegisteis vosotros á mí; mas
yo os elegí á vosotros.*

Joan, 15, 16.

No se ajusta la eleccion divina á la pauta de la prudencia humana. El resorte del hombre se limita á coordinar lo que ya encuentra en la naturaleza del modo más á propósito á la consecucion del fin que lo guía en la eleccion. Dios tiene á su arbitrio toda la pujanza de su omnipotencia para llevar á cabo el plan de su Providencia. La eleccion del hombre se limita por razon del fin y por razon de los medios de conseguirlo; la de Dios es ilimitada, sin que el tiempo con su continua sucesion, ni el lugar con sus marcados términos, ni las personas con su caprichoso, inestable y antojadizo albedrío sean capaces, ni de circunscribir en algo, ni de suspender por un mo-

mento, ni de cambiar en un ápice su inmutable resolución. El hombre, para elegir á otro hombre, tiene que esperar su voluntad. Dios la previene, la da, la impulsa y ajusta al efecto que debe producir, sin que en todo esto sufra lesion alguna la libertad que la caracteriza. ¡Oh adorable arcano de la eleccion divina! ¡Oh misterio de misericordia para con el hombre! Y ¡cuán felices nosotros los mexicanos que en ese orden de su eleccion tanto nos quiso privilegiar, que dispuso que esta obra fuese toda entera de su augusta Madre! Si, tú, ¡oh Virgen santa de Guadalupe! tú, amplísimamente facultada por el Señor, hiciste tan ventajosa eleccion para nosotros previniendo nuestras voluntades, y haciendo de éste, que no era ni pueblo, un pueblo de honor y bendicion, un pueblo Mariano, todo tuyo; tú todo para él y el todo para tí. No, hermanos míos, no fuimos nosotros los que escogimos á Maria, sino Maria la que nos escogió á nosotros, y éste es el mejor timbre de nuestra gloria: *Non vos me elegeritis, etc.*

Verifiquese tambien conmigo esta eleccion en el caso particular. Dignate, ¡oh Madre! escogermé para pregonar el día de hoy tus alabanzas; así te lo pide conmigo este tu pueblo.—AVE MARIA.

Non vos me, etc.

La santa Escritura celebra y admira la eleccion graciosa y ante todo mérito de parte del escogido, hecha por el Dios de Jacob, y en su persona mira y reconoce el apóstol San Pablo el tipo de la predestinacion sólo por gracia de los escogidos para la revelacion de la gloria futura. Y con razon exclama mi Padre: *Hoc est quod mirantur*

tabescentes omnes inhabitantes orbem; esto es lo que admirarán sobrecogidos de un reverente temor todos los sábios de la tierra. Si, con razon lo admiran, porque es y en gran manera admirable esta suerte de eleccion. Que un padre ame á su hijo porque éste reúne un conjunto de cualidades apreciables, nada tiene de extraño; pero que le ame cuando aun nada bueno ha practicado, cuando ni aun existe, cuando carece aun de la primera condicion indispensable para ser amado, la existencia, de suerte que ella misma sea el primer efecto de su amor que en seguida ha de producir en él las demás bondades estimables, esto sí justamente admira, sorprende y llena de estupor.

Juzgad ahora vosotros cuál debe ser nuestra admiracion y sorpresa, cuando Maria Santísima, bajo la advocacion de Guadalupe hizo de nosotros, no una eleccion que nada suponía de bueno por parte nuestra, como la de Jacob: *Antequam quidquam boni aut mali egisset Jacob dilexi;* sino una eleccion que prevenía á nuestra voluntad, cuando ésta se hallaba diametralmente opuesta á la justísima y rectísima de Maria, cuando estaba en completa contradiccion con sus misericordiosas miras para con nosotros. No, no fuimos nosotros los que la escogimos, sino ella la que nos eligió á nosotros: *Non vos me elegeritis, sed ego eleji vos.*

Y ya que hemos tocado la historia misteriosa de la eleccion de Jacob, sea ella misma la pauta para trazar la que Maria de Guadalupe hizo de nosotros al tomar posesion de este suelo. El antiguo y el nuevo mundo son acreedores á las atentas y siempre misericordiosas miradas de la Madre comun del Hombre Dios y del hombre pecador; pero aquel, es decir, el viejo mundo, primogénito por la antigua predicacion del Evangelio, que recibió, el primero, alega su primacia para la predileccion de Maria; éste solo presenta su reciente llamamiento á la luz evangélica. Destituído de todo mérito y antes bien cargado y agobiado bajo el fardo pesadísimo de la idola-

tría más sanguinaria, no se considera acreedor á los grandes favores de la Reina del Empireo. Mas ved ahí que por un arcano inescrutable sobre él recae la eleccion gratuita y bondadosa de Maria; y como dispensadora de las gracias del Señor, resuelve agraciarse al nuevo mundo con toda clase de dones y privilegiarlo sobre todos los pueblos de la tierra. Bien ve ella y conoce muy á fondo cuanta sea la indignidad nuestra para tamaños favores; ve que este nuevo Jacob necesita de ser cubierto con otro ropaje y con otra piel para atraer sobre sí las bendiciones del cielo correspondientes á esa primogenitura que Maria le quiere otorgar, y que por su culpa, por el cisma horrible de Lutero y de Calvino que tuvo lugar en esa misma época en Europa, habia vendido á precio muy bajo el viejo mundo; ve, por último, que á pesar de todo lo que ella ha hecho, este su nuevo y predilecto pueblo, él sin embargo irá disonante consigo mismo, tendrá la voz de Jacob, pero sus manos serán las manos de Esau; confesará con su boca los sacrosantos dogmas del catolicismo, pero practicará al mismo tiempo las obras de la iniquidad; honrará al Señor con sus labios, pero la depravacion de su corazon lo apartará de él; y ella, no obstante todo esto, movida en nuestro favor á virtud de su corazon maternal, nos previene con bendiciones de dulzura, nos escoge por sus hijos aun antes de que nacieramos en la Iglesia por las aguas bautismales, y nos honra y distingue para que seamos su herencia y permanezca en medio de nosotros como en la heredad del Señor: *In hereditate Domini morabo.*

Veamos ahora los efectos de esa misericordiosa eleccion de Maria, hecha en nuestro favor, y veámoslos tambien en las bendiciones de Jacob. Verdad es que segun San Agustin esta Virgen incomparable, siendo Madre de nuestro Jefe segun la carne, ha debido ser, segun el espíritu, Madre de todos sus miembros, cooperando por su caridad al nacimiento espiritual de los hijos de Dios en la Iglesia. *Carne Mater capitis nostri, spiritu Mater membro-*

rum ejus, quia cooperata est charitate ut filii Dei nascerentur in Ecclesia. Pero y con cuánta especialidad ha obrado esto mismo con nosotros! Con cuánta más razon la podemos aclamar Madre nuestra en esta su amabilísima advocacion de Guadalupe? Si, católicos mexicanos, gloriéise en hora buena nuestro suelo de poseer las más ricas minas del universo; gloriéise de encerrar en nuestro continente lo más precioso que la mano del Señor repartió entre todos los que forman el globo terrestre; gloriéise de poseer el suelo más privilegiado acaso por los dones naturales, por la abundancia y fertilidad de sus campiñas, por la suavidad y dulzura de su clima, por lo hermoso y variado de los paisajes que presenta á la vista, y por otros mil capitulos de este género. Todo esto, grande como es, nada es junto á esa tilma, nada junto á esa bellísima imágen de Maria de Guadalupe, honra verdadera de nuestro suelo, timbre relevante de nuestras glorias, origen de todas ellas y de muy superiores bendiciones, asilo seguro en nuestras calamidades y fundamento solidísimo de toda nuestra esperanza; porque su eleccion soberana recayó felizmente sobre nosotros; porque desde ese su agraciado y majestuoso simulacro, mudo pero eloquente, nos dice de continuo: Yo os escogí por mi pueblo antes que vosotros pudiérais haberme escogido por vuestra Madre: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.*

Si es permitido usar de ejemplos de cosas pequeñas para explicar los sucesos más grandiosos; si lo incomparable del beneficio no se oscurece por lo corto é inadecuado de la comparacion, Maria ha hecho con nosotros los buenos oficios de Rebeca para con su Jacob; ella, con prevision sapientísima, preparó los sucesos y ensayó los medios más oportunos á la felicidad de sus amados mexicanos, cuando aun la noche tenebrosa de la infidelidad cubria de horror, de luto y de sangre este pais. Ella, por valerme de un pensamiento digno de Tertuliano, hablando del Redentor, ya desde entónces ensaya los oficios de Madre nuestra, que con el transcurso de los siglos habia

decretado desempeñar tan misericordiosamente, así como, según el citado Padre, el unigénito de Dios, se acostumbraba ya desde el principio del mundo á ser hombre y se complacia en ejercer desde el origen de los tiempos lo que al cabo sería, esto es, hombre verdadero por la asunción de la naturaleza humana: *Ediscens jam inde á primordio, jam inde hominem quod erat futurus in finem*. Ella, al tiempo conveniente, puso en ejecución su designio de misericordia para con nosotros, que ya meditaba; y se declaró abiertamente en nuestro favor como Madre que se había decretado nuestra, y pidió al Padre soberano para su pueblo predilecto las bendiciones de la tierra y del cielo, de la naturaleza y de la gracia, y ella, ella misma en persona, ¡oh dignación soberana! bajó desde su alto sólio del Empíreo á nuestra tierra á traémosla. Ella, si, ella misma planteó en este mismo sitio, tres centurias y diez y ocho años há, el día de ayer, el bienestar perenne de los mexicanos, escogidos entre todos para formar el pueblo escogido de María de Guadalupe: *Ego elegi vos*.

¡Oh día duodécimo de Diciembre de 1531, en que fuimos filiados entre los hijos predilectos de María! tú serás el punto de partida de todas nuestras dichas. Día alegre y venturoso más que cuantos figuran en nuestra historia, yo te saludo con toda la emoción de mi espíritu. ¡Oh sitio el más privilegiado de nuestra América, en tí tuvieron lugar los misterios del amor de María por nosotros! Tú eres fiel testigo de su maternal cariño. En tí dió cima á la grandioso obra de nuestra adopción. Lugar venturoso de paz y consuelo, consagrado con las huellas de la Reina celestial, regado con las lágrimas que la ternura filial arrancará siempre de los pechos de los mexicanos; tú eres para nosotros la santa colina de Sion. ¡Oh imagen augusta de María de Guadalupe, ¿quién te puede mirar sin extasiarse de amor y ternura? Quien al fijar en tí los ojos no siente las más vivas emociones en su pecho, bien puede ya renunciar á todo lo bello, á todo lo grande, á todo lo sublime; su corazón está penetrado del frío de la

muerte. Tú, oh imagen viva del rostro halagüeño y talle majestuoso de María, tú eres el valladar que su dedo trazó en el día de sus misericordias para con el pueblo mexicano, contra cuya firmeza jamás prevalecería la impiedad en nuestra patria. Tú, la torre de David, de que penden mil escudos para nuestra defensa, tú..... lo diré de una vez, tú eres la esperanza de los mexicanos. ¿Quién pronunció aquí jamás sus votos sin que fueran al momento escuchados en el excelso sólio de tu gracia? Si nuestros pecados cerraron el cielo para que no diera su lluvia; si la impiedad que empieza ya á invadir nuestro suelo dió impulso al enemigo para penetrar hasta la capital; si nuestras iniquidades, sin número, conmovieron la tierra bajo nuestros piés para sacudir al enemigo de su Señor; si tantos males nos acarrearón nuestros crímenes, en tí, ¡oh Madre! hallarán todos el remedio, porque tú bendijiste á tu pueblo, y él será bendito; tú lo escogiste, y siempre será tuyo, como lo deseo.—AMEN.